Pl 13-1

Sr. D.

¿Todo está en crisis? No, lo que pasa es que todo es cada vez más torpe, más trabado, más insidioso y más retardatario, lo que pasa es que todo es lo que era más descaradamente, con más cinismo y con más alardes de un declarado empedernimiento. Todo es más atravesado, más híbrido, más promiscuado. Todo está más encallecido, todo es más procaz bajo una etiqueta impasible y los móviles de todo son más serviles, más tendenciosos, más exclusivamente así que nunca.

Así el nuevo estado de cosas creado por este vivo embrutecimiento de todo, es un estado comatoso, rígido, con la peor rigidez, una rigidez neutra, pesada, sorda que se ha hecho aceptar de la cobardía y de la cazurrería de todos. Y bajo este espeso, antipático y depravado ambiente que lo sujeta todo, la lucha es una sórdida lucha sin atrevimiento, una lucha de concupiscencias vestidas de una pureza irresistible, descreída, de concupiscencias vestidas de una política científica y concupiscencias desnudas, flemáticas, desapoderadas y todas ellas conformes en sostener cierta gazmoñería pública que obstaculiza y hace estadiza la actitud de los más, evitando así que surjan las luchas francas y nobles, las luchas sanas y desenvueltas orientadas hacia la selección y la armonía, hacia las serenidades que debían ordenarlo todo.

La guerra ha descubierto las más bajas pasiones en todos lados y aquí algo así como el afán de una tiranía brutal, algo como el bajo gusto de golpear y de ser golpeado, como el deseo de una sumisión indigna unido el deseo de una ciega y atropellada turbulencia; la peor bravuconería mezclada al peor miedo, la peor ferocidad mezcladaá la peor lógica. No podremos olvidar este descubrimiento crudo y gravísimo que ha revelado la guerra y ya no podremos ver tan sentimentalmente al hombre ni á la mujer perra ladradora y cobarde, rematadora de los muertos, parcial hasta con ellos en este pueblo neutral. Hemos visto con demasiada claridad que el antropófago vive agazapado en todos, que nadie se ha puesto lejos de unos y de otros, lejos de todos y que en la boca de todos ha habido cierto guluzmeo, cierta afición á la sarracina.

Refiriéndonos más directamente á la vida profesional del espíritu vemos ante todo un público desmoralizado por la guerra y porque hace mucho tiempo ve que las categorías y los valores se imponen gracias al arrivismo perfeccionado y lleno de disimulos, gracias al peor cambalacheo, y lo que es más ruin y más deleznable, obedeciendo cobarde y ambiguamente á la coacción de las visitas. Así este público que sabemos, hace que nos de vergüenza atravesar por entre su muchedumbre una calle concurrida bajo la plena luz, porque todos los rostros dicen una obcecación terrible y obstinada, una obcecación llena de suficiencia, porque á todos se les ve moverse en un aire inmóvil y reducido, sorprendiendo en los bellos rostros de las mujeres un espíritu empastado, más irremovible que nunca, más solidificado. ¡Y no digamos la vergüenza que da oir hablar en una reunión, en un tranvía ó en un tren, porque se oyen cosas irrespirables, tan remotas á nuestra espalda que nos quedamos pasmados, estrangulados y mudo!

«Cuantas veces me mezclé entre los hombres volví de ellos á mí mismo más inhumano» dijo Séneca y nunca la frase de Séneca ha tenido un sentido más rudo porque hoy es más indisculpable eso.

¡Ah, muchedumbre de cara retorcida, de ojos pequeños, —ojos de otro tiempo abrupto y enconado— muchedumbre visoja porque es nativamente vizca su alma! Muchedumbre de hombres engrosada por los hombres y por los viejos de los retratos, de casi todos los retratos sobre todo de los retratos que se encaran con nosotros en los centros oficiales y en los centros literarios; muchedumbre en la que los viejos, estos viejos que son viejos ahora y que provienen de una época ya sin dignidad, ya casi sin revueltas, estos viejos de un tiempo gris y sin redención, son la cosa más repugnante con que nos topamos en la vida, la más repugnante limitación, porque estos viejos son jóvenes más torpes, más irredimibles, más irremediables, en los que la vejez es una precocidad mayor y sus pelos blancos son como un empedernimiento, son como una máscara sentimental con que al final encuentran que pueden disimular su idiotez y su rencor. ¡Oh la vejez nos crispa más que la juventud, porque es la juventud agravada y echada á perder de un modo extremo cuando debía representar la nobleza suma é indulgente!... ¿Y cómo no sera de peor la vejez de estas otras generaciones que van á envejecer? ¡Oh, no seamos viejos así sin haber «cumplido nuestras insurrecciones» y nuestras pasiones libres!...

Parece que en este gran valle de las Hurdes que es toda España se ha cuajado la sangre y el espíritu, y no corre ningún viento y todo es más ingente y más fiero y una pesadez creada por la complicidad de todos lo ha malogrado todo. La frase de Larra: «Suponte que eres español y no te afilijas» y la frase de Cánovas cuando se redactaba el art. 1.º de la Constitución: «Son Españoles... ¡Los que no han podido ser otra cosa!», son dos frases cada vez más formidables y más precisas.

En ese público hay á lo más un lujo adverso, un amor á lo antepasado, un amor sombrío, vengativo y angosto, un amor muerto que cultivan para ahogar toda verdad viva, un alarde de afición que mantiene en sus horas vacías el equívoco del espíritu; y así esta gran manifestación en honor de Cervantes que ahora prepara merece que digamos indignados que aquí todo se ha ahogado en «cervantofilismo» y que Cervantes en manos de las gentes ha sido como un atentado homicida contra toda palpitación expontánea, renovadora y directa. ¡Oh, densas aguas aburridas y abrumadoras de lo que se ha hablado de Cervantes, aguas de enemistad, aguas impotables y chabacanas, masa anonadadora, en que se han saciado apetitos acerbos de dispersión, de traición, de anulación! Perverso estado de opinión oscurantista, confabulación de la que ha salido un Cervantes suplantado, un Cervantes de cuyo culto son indignos porque modificando la frase de Voltaire «quien no se deleita con Regnard no es digno de admirar á Moliere» podríamos decir: «quien no se deleite con lo nuevo, con lo más incipiente, no es digno de admirar lo antiguo.»

¡Pero que vamos á decir con respecto al atentado de ese público contra la nueva literatura si vemos como atenta contra la vida, que es el valor más respetable, imposibilitando, matando para el amor cuantas vidas pueden, cometiendo ese pecado que le hace decir á Ibsen: «La sagrada escritura condena un pecado misterioso, para el cual son inútiles el arrepentimiento y la penitencia, un pecado sin redención... Esto me preocupaba... ¿Cuál sería? ¡Ya lo comprendo! Ese pecado, que no se redime lo comete quien mata una vida para el amor!»

Ese público matrimonial y sombrío que retuerce el pescuezo á toda liberación, es irredimible ya que de su trato con la mujer desnuda—ese innegable trato que demuestran sus hijos—no deduce ni la más precaria idea de libertad y de condescendencia. ¡Prevaricadores, corruptores, relapsos por como rebajan y ocultan y esterilizan la mejor lección de la vida! Pero ellos y ellas se combinan para matar lo que primero debía ser hijo de ellos, el hijo sincero y libre, una libertad creciente, tercera dimensión de su libertad.

El público ese no ama sino la suculencia de las tiendas de ultramarinos, donde están sus dioses como ese dios búdico que se llama Suddhodama ó Arroz-Puro, y es un público rabioso y anciano tan impuro como sólo lo es el que persigue la impureza después de cometerla, ruboroso y liviano como aquella miope que para poder ver las estátuas de los museos sin ruborizarse llevaba una provisión de hojas de parra pero no sabiendo por la cortedad de su vista cuales las merecían y cuales no, las tanteaba antes bien y después de *saberlo bien* colocaba sus hojas, ó es por el contrario un público que ni lee ni combate porque teme pecar al leer cualquier libro, lleno así de tan baja superstición como la de aquellos rusos que temían comer palomas por no comerse el espíritu santo, que podía ser alguna de ellas.

Los editores están casi arruinados porque en América que es donde se lee —aunque se lee por aprender á leer como las matronas adineradas— no pagan y aquí no se puede sostener un editor. ¡Oh, paradoja por la que si no se hablase castellano más que en España, públicamente habría muerto el castellano y una multitud balbuciente, torpe y premiosa se entendería por señas aburriéndose de su chabacanería! Los editores además no editan más que mediocridades, reputaciones —esa pelota que después de ser peloteada sin dejar de ser pelota se convierte en reputación— cosas *editoriales* —la especie más sucia y más intermedia de literatura que es lo que más les obsesiona hoy—y novelas cuando la novela según ha dicho Rachilde «es una tontería. Es un libro para comenzar ó para acabar peronunca para continuar», ahogándose en esos deseos al libro inclasificable. el libro violento, el libro ultravertebrado, el libro cambiante y explorador, el libro libre en que se libertase el libro del libro, en que las fórmulas se desenlazasen al fin, los libros que aquí no han comenzado á publicarse porque los que quizás parezcan ser de esta clase ó se creen obligados á tomar el uniforme filosófico ó hablan de una libertad antigua, indecisa y elocuente ó resultan como capítulos sueltos y lentos de novelas inacabadas. Aquí no se ha pasado ningún límite.

Las revistas han acabado de malograr la posibilidad del libro, la necesidad del libro. Las revistas se forman por aluvión y lo que en ellas no es aluvión es «barateria» una «baratería» disimulada y política que sin embargo las domina. Las revistas han agradado al público porque su literatura y sus estampas combinadas forman un objeto de bazar, que halaga su indecisión, su dificultad de comprender, su infame placidez, su cordura vacía. En ellas se han amparado los críticos llenos de desesperación y de rancieda esos señores «que se mezclan en lo que no se ocupa de ellos» según dijo Mallarme y detienen más la evolución y el resurgimiento. Las revistas han iniciado una competencia literaria, ruinosa, desconcertante, falsificadora. En esas revistas se repiten y se repiten todos los tópicos, todas las anticuallas, todas las difusas generalidades de siempre, todas las prudencias, todas las bonituras, todas las inespresiones, dando un espectáculo más vicioso que nunca porque si el público no ha avanzado, es un gran contraste que revela todo lo absurdo la luz aclarada, dignificada y dotada de más inteligencia y de mayores acuses por la transformación ascendente y sucesiva á que la han llevado los pequeños laboratorios solitarios y los libros raros cuya trascendencia no se frustra lo bastante con que la desconozcan y la aislen los vividores.

¿Y tendremos que insistir más en demostrar como se les ve á esos plebeyos cortesanos, que intentan agredir cuantas veces pueden á los renovadores y á los íntegros? *Se les ve.* Esto es bastante. La crítica se ha hecho para otras relatividades mayores si es que no se ha hecho para *hacer* en vez de para criticar.

El periodismo. ¡Oh, que confusión más infernal! La administración saltando sobre la redacción. Todo hundido, todo neutralizado de un día á otro, todos comprometidos en un esfuerzo abrumador que nadie paga. ¡Oh, tragedia del espíritu corrompido por el ambiente del periodismo! Ambiente lleno de las pequeñas é infames injusticias que hay entre amos y criados y entre los criados.

El Teatro mediatizado por el público; trasunto triste y cargante. Ingenio que está sólo en los que lo ríen y de ningún modo en la esencia. Siendo el sitio indicado para que el alma se desnudase, para que se desnudase la mujer sin necesitar bailar con sólo hablar y para que unas relaciones más sinceras y más entrañables, surgiesen entre todos, entretiene al tiempo y á la inmovilidad.

La renovación que es la personalidad de cada tiempo es impedida hoy por esa ley marrullera y contrahecha, aunque hecha muy en firme y acordada más unánimente que nunca, esa ley cuya consigna mantienen todos con un acuerdo mudo en el que cada día que nace se embota más.

Frente á todo esto, desengañados de toda política, pensando lo que dice con esa oportunidad irrevocable ese personaje de Anatole France:

—«Lo que les distingue á ustedes de los clericales en el fondo es casi nada. Si al cabo se apoderasen del poder no variarían la condición de las personas que es lo único importante.»

Frente á todo eso, en medio de esta conspiración compacta é intransitable de todos contra todos queriendo evitar al Mesías, en medio de esta falta de afectos extensos, nuestra libertad crece, hila más largo y enmadeja su hilo naciente alrededor de su cintura, excitada por lo diferente y lo ilimitada que se siente...

Los anteriores á nosotros, los que menos nos repugnan se han regularizado tanto que hasta sin dejar de ser libres se han restringido por su austeridad y por su deseo de fundará última hora una estética observante en vez de una obra sin esa moraleja estética insoportable é indigna. Las cosas emergen en sus libros, solitarias, peladas, miradas con amor quizás pero con una hereditaria y atávica cobardía, con una prudencia social imperdonable, comentándolas demasiado áridamente y con un lirismo flojo y aguanoso. Además ahora á última hora ha surgido en ellos esa pusilanimidad de la hora de la muerte, como un pacto con los políticos de la deplorable política actual que todo lo estanca y lo desbrava, una idea de pureza de la clase más ridícula, más melíflua, más desustanciada, más insostenible, sin que sin embargo dejen de perderla en su vida privada en la hora en que tratan con cualquier autoridad del dinero ó de cualquier otra casualidad de esas que convierten en director al más negado y al más ladino. Pureza y austeridad de las que ni siquiera dan ejemplo los hombres, más fundamentales, pues Emerson mismo, escribió en la puerta de su biblioteca la palabra Whim (capricho, extravagancia, fantasía).

Innegablemente hay una línea imborrable que nos separa de ellos, aunque nuestro cariño les salude de lejos; resultan parcos en el hablar, nunca acaban de revelar las cosas en cueros vivos, y recordando aquella frase de Goncourt «del hombre salvaje á Rembrant y á Hoffmán ¡qué distancia! una maravillosa corrupción» podríamos decir que nos separa de ellos una indecible corrupción. No les podemos separar tampoco de ese bloque intelectual que se ha amparado de ellos y en el que las más mezquinas intelectualidades esas que atacan en masas compactas y disciplinadas á las novedades, intentan hacer aplastante la diversión que debe ser el pensamiento, intentando hacer insoluble y mortificante lo que indefectiblemente debe ser feliz, licencioso, disoluto, arbitrario y lunático; bloque de hombres entre los que los hay que hablan

grotescamente de su dedicación científica á la literatura, de laboratorios literarios, esos laboratorios vacíos en los que están con grandes blusones manipulando en el vacío más deleznable; bloque de anodinos estudiantes, de amoladores sistemáticos, seminaristas lívidos, repugnantes «asiduos», bloque de espíritus tendenciosos, de catedráticos que se diferencian de los pensadores en lo que Soren Kierkegaard los diferencia cuando dice oponiendo un tipo á otro: «La tontería de un catedrático supera todas las tonterías humanas porque es una tontería elaborada artísticamente y merced á largos estudios», bloque de aprendices de lenguas á los que se les podría decir lo que le dijo Rivarol á un tonto que se alababa de saber cuatro lenguas: «—os felicito; tenéis cuatro palabras contra una idea» (¡Oh, la estupidez de los que sólo saben lenguas extranjeras es la estupidez más amasada, la más insustancial, la más representativa!)

Nuestra rebeldía contra ese bloque debe ser terminante y decidida, porque contra este moderno atentado especioso lleno de sangre fría y de malignidad no es posible oponer una discusión que trabaría toda la vida, aun permaneciendo toda ella enfrente de los detractores, porque la discusión es el último recurso jesuítico de esos hombres que sienten la repugnancia de la libertad aunque envuelvan esa repugnancia en exquisitos desdenes y en formas modernas, la discusión es el último obstáculo que ponen á los que tienen resistencia para no aguantar otro, un obstáculo tan envuelto y tan sagaz, como lo es en los tribunales, camino del fallo justo, el enredo del procedimiento. No les oigamos y en último caso digámosles lo que ya ha dicho alguien «lo que es objeto eterno de discusión es de una inutilidad eterna.»

Nuestra actitud es una actitud tan solitaria y tan final como la de esos hombres íntegros del inolvidable cuadro de Gisbert «El Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros —botas de verdad y fondo de galería—, cuadro en que si bien el pintor resulta un autor de muñecos de cera y un poco de manteca, están tan seriamente agrupados y dramatizados que hemos de recurrir á ellos para definir nuestra postura. Nosotros no somos tan heróicos pero hay la misma fatalidad en nuestro destino, y estamos tan dispuestos á no cejar. Nuestra amistad se hace de ese sentimiento varonil con que se dan la mano, se codean y se abrazan esos hombres del cuadro. Tan irreparables como nosotros, con nuestras rodilleras y un poco nuestras mismas corbatas y nuestros peinados.

(¡Oh, cuadro feliz y sugeridor, lleno de una dignidad que nos señaló la norma ideal en nuestra niñez!... ¡Hombres pensativos y magníficos, no ya Torrijos si no esos otros que se llamaban Pedro Muñoz ó José Olmedo ó más perdidamente Francisco García!... Actitud suprema y dichosa la de esos hombres en pie con sus trajes pardos y sus levitas de botones de metal medio de soldado y medio de caballero civil... El vendado moreno lleno «suntuosamente de su visión interior, y el que venda el fraile con el arte difícil de atar el pañuelo en la gallina ciega, dulce y apretadamente, procurando con abnegación que no pueda ver por ninguna rendija á la muerte —el fraile que según dicen se volvió loco después de aquello— con una cabellera blanca noble como ninguna... Puños cerrados con un admirable espíritu de rebeldía, conteniendo y apretando una riqueza bastante como ninguna... ¿Para qué vivir una vida larga y laureada si en ningún momento se ha de sentir un instante en que la vida se fije tanto en sí misma y en que íntegramente nazcamos de nosotros mismos y vivamos honradamente de nosotros mismos?... ¡Pantomima suficiente! Muertos desmelenados, en cuya frente las venas se dibujan, desnucados al mismo tiempo que heridos en el corazón, alguno con las manos atadas haciendo suponer un suplicio más extremo que el de haber sido heridos, el suplicio de no haberse podido llevar las manos al corazón y á la herida... Y la chistera peluda caída en medio del cuadro, desgarradora, muerta, despeinada, reveladora al margen, de lo personal que hay en cada vida, de la alcurnia de los caídos, muerta en su medida, inutilizada para siempre, anonadado el pensamiento correspondiente que había en su fondo.)

Nuestro espíritu frente á todas las prevaricaciones y las incompresiones debe estar lleno de sí mismo, dedicándose á sus más sueltos devaneos, libres hasta de la libertad. Se nos ocurren frente á todas las cosas tantas palabras como ante senos perturbadores y como nadie nos sigue tan lejos debemos ensalzar nuestra soledad ofrendando toda nuestra riqueza ondulante, supérflua y vaga a la onda flúida y ondulosa.

Nosotros representamos lo que aún está por lanzarse, porque nadie se ha *lanzado* y no podemos defendernos ni oponiendo á los que nos piden el nombre de nuestros ídolos ninguno de los nombres que citamos de vez en cuando junto á una anécdota ó un pensamiento justo, breve acierto de ellos.

Aleccionados por el Alba, la sabía mayor, pues no admite después de su inundante sensatez otra última palabra, comprendemos que no está bien ningún fanatismo y que todo debe ser más deshecho, más espacioso, más desgarrado, más voluntario, más desenlazable á capricho, un capricho que solo justificara su gracia ó su delicia, porque el arte y la vida personal son el imperio sumo de la voluntad y por lo tanto del capricho que es la voluntad pura en la que sólo debe haber cierta ley alta y desenvuelta de armonía. Así teniendo en cuenta que vivimos entre dos Albas no debemos engañarnos cruelmente y debemos crear una sinceridad mortal y deleitosa que se sostenga á sí misma sin otras pretensiones que las que la bondad más libre aconseje, entregándonos así á un juego de libertad que nos lleve á la amistad sin reservas, á la ligereza más rauda y más absolutiva.

Nuestra actitud es modestamente la de mantenernos solitarios y sin contaminar salvando así la credulidad en el arte, que es lo que se ha perdido absolutamente en ese arte imitativo, mañoso y simulador, la credulidad que es la justificación, el amor, lo retribuidor, lo digno, el descanso privado de nosotros en nosotros mismos.

Si. Nosotros tenemos que ser los depositarios de la credulidad frente á esos profesionales que escriben libro tras libro y que desdeñan su afición. El entendimiento que debe sentirse por el arte como muestra y desarrollo de un deseo insaciable de vivir más, nos asiste, nos alumbra sobre todo, en medio de nuestros excepticismos, de nuestros desvanecimientos en las puerilidades mayores y de nuestra manera libérrima de hacer.

Siendo así como somos y estando tan distantes y tan solitarios, no pudiendo hacer lo que queremos ni cuando de vez en cuando salimos á la publicidad, viendo que cada vez es más difícil el libro, lejos de la vana promiscuidad de los teatros donde todos creen repartirse el éxito y donde todos degeneran día tras día en la atmósfera más engañosa. ¿Qué podíamos hacer que equivaliese á esas cosas y que satisfaciese nuestro deseo muy humano de proyección cabal?

A esta pregunta respondió la cavidad de Pombo. En Pombo hemos encontrado la compensación, como si habiéndose acabado el oxígeno en la atmósfera se fabricase sólo en un rincón.

En el ambiente incorruptible de Pombo, rodeados del vacío absoluto, nos damos más absoluta cuenta de este ardite vivo que la intemperancia de lo social —inorgánico, ambiguo, inhumano— sume más en nosotros y nos le hace asumir más. Sólo en esa reunión nos producimos despejadamente é idólatras de las musarañas, encontramos allí la emoción de esas dilatadas divagaciones á que querríamos lanzarnos más públicamente aunque después de todo esos círculos concéntricos que son lo que mueve el pensamiento á su alrededor como una piedra que cayera en el agua, igual se dilatan desde Pombo hasta los confines insubsanables que pensando lo mismo con más espectáculo.

Pombo es así nuestra catacumba, nuestra ermita, nuestra sinagoga, nuestra cueva en la tierra, sintiéndonos allí lejos de la ciudad como en el pinar espeso de la noche sin dejarnos de sentir por eso tan ciudadanos y tan en la ciudad como no queremos dejar de estarlo. Es esto de Pombo, como si hubiésemos vuelto á las viviendas lacustres por ediondez del ambiente, por las suplantaciones de que está lleno, por esa tergiversación del sentido de la felicidad, de la libertad y de la aproximación sexual cuya mayor expresión debía de haber sido el resultado del progreso de los tiempos.

En Pombo recordamos ese admirable proverbio árabe «el que va deprisa tropieza y cae; el que va despacio no llega nunca; el que espera, está.» En Pombo gozamos de una especie de iluminación mundana, sin supersticiones, una iluminación cómoda civil y elemental, estado libre de nuestra momentaneidad, una iluminación que se complace en ver la luz en su perfecta diafanidad, sin mezcla de sectarismo, de obcecación, ni de envidia, una luz en que se desdobla, se despereza y encuentra su apoteosis nuestra conciencia indulgente; una luz en que se realiza, se agota y se apura en espirales flúidas y desrizadas nuestra «cantidad» de libertad, esa «cantidad» que todos ahogan en sí mismos, abrumándola y lapidándola con mayores y desnaturalizadas cantidades abstractas. Nosotros en Pombo hemos encontrado la fórmula más ancha de trascendencia y de construcción, encontrando que nuestra misión —sin ironía— está cumplida dedicándonos al sagrado ministerio de nuestra asistencia á Pombo.

De los que sonrían ante esta esaltación de Pombo, es la culpa de ese estado de cosas que nos hace recluirnos, A ellos se les puede decir aquello de Chamfort al enterarse de que alguien hablaba mal de él «Dios ha puesto el contraveneno de lo que puede decir en la opinión que se tiene de lo que puede hacer»; además que miren á su alrededor para ver si hay algo en que creer de este modo intenso y decente con que queremos seguir creyendo, pues después de perfeccionarse y mejorarse todos los recursos de la publicidad, resulta que lo mecánico de la publicidad ha quedado reñido con el espíritu. ¡Oh, la mecánica y la sistematización se han quedado solas, defendiéndose sofisticamente de haber perdido su finalidad simpática y suprema, su finalidad complaciente, voluptuosa y esparcidora!

En Pombo vamos dejando nuestra semana todas las semanas como si fuesen ex-votos depositados en un sitio de confianza. «Por cada hora que pasa un augurio» como pone en la torre del reloj de Venecia. Ese augurio nos supera y lo echamos en el agua como un terrón dulcísimo.

De la larga mesa de mármol alrededor de la que nos sentamos hemos hecho el ara santa en que depositar y sacrificar nuestros resúmenes, lo que pensamos y escribimos recónditamente, nuestros racimos. Allí vivimos esa renunciación política irremediable, la renuncia de los heroes. Allí vivimos mejor y en cónclave, esa voluptuosidad privilegiada de tener que renunciar y nuestra voz allí tiene esa veladura y esa cadencia abnegada que sólo adquiere en la familia ese día de la muerte en que todos se son buenos y amables.

Pombo además tiene un valor único porque crea el vacío honesto mejor que ningún café, apaga mejor todo el ruido de fuera, su decorado es más prudente y más afín que el de ninguno de esos otros irresistibles cafés en los que se prevarica al entrar. ¡Casamata ideal!

Sin embargo á esta solemnidad de Pombo le faltaba la definitiva solemnización. Por eso hemos escrito estas palabras disonantes, ásperas, barrocas y tristes, un poco machacadas é inutilizadas por los otros en su deseo de borrar su identificación. Por una vez he removido amarga y confusamente los principios generales, algo de la base de nuestra actitud, con pena de decir lo que por dignidad no se debe tener necesidad de decir, sino obrar en consecuencia, seguir perdido. A esta fiesta mayor es á la que invitamos á nuestros amigos. Entronizaremos el espejo, ese espejo en que está la sagrada forma abandonada y perseguida fuera. Como esos conventos que un día al año pueden ser visitados, ese convento que dentro de Pombo hemos edificado, abrirá las puertas á nuestros amigos. Que sea el banquete que ese día se celebre como el banquete ideal ya que nos hace pasar tanta vergüenza el enterarnos de todos los otros impúdicos banquetes. Que sea ese banquete como una manifestación de que sabemos lo que sócialmente pasa, como una afirmación de nuestro modo de ver, porque nuestra mirada, la mirada que les mira es lo que queremos poner frente á los otros, tanto que en conservar esa mirada dúctil, transigente y cromática sobre el cromatismo oficial estriba nuestra riqueza, nuestro lujo. Que haya en esa hora un poco de dicha porque como ha dicho Gorki «cuando la felicidad es demasiado grande es ya de una calidad inferior», que nuestro abandono, nuestra tristeza ante injusticia, sea lo que depure nuestra dicha.

Después de esa hora en que nuestra clausura se romperá, debemos volver á nuestra soledad, quedándonos solos los fundadores para mantener bien limpio y bien propio el subterráneo en que nos hemos de reunir todos de nuevo; debe haber mayor silencio en el café para que la nueva medida de silencio que os ofrezcamos sea tan densa y tan de buena calidad como esta que os ofrecemos. Solo unos pocos,— que podrían ser cualquiera de vuestros grupos si os correspondiese esa circunstancia casual de ser los primeros en el tiempo que nos corresponde á nosotros—deben de conservar la distinguida prudencia del café. Doblaremos las colgaduras rojas con galones de oro que hemos colgado de las paredes, apagaremos las mil velas de las arañas que hemos encendido esta noche.

Así es que, amigos nuestros, después de que hayáis entrado saludando al espejo como se saluda el altar mayor, y después de haber cenado felizmente en el refectorio ideal, nos despediremos para algún tiempo en la seguridad de que conservaremos la bondad y diafanidad del café á través de los días, no asistiendo nosotros mismos sino los sábados para mayor respeto, para que nuestras reuniones demasiado asiduas no tengan la garrulería que rasgaría el ambiente y porque toda fiesta necesita seis días de trabajo y de distancia para ser enteramente festiva y merecida.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

FUNDADORES

Manuel Abril.—Salvador Bartolozzi.—José Bergamín.—Rafael Bergamín.—Tomás Borrás.—Rafael Cansinos-Assens.—José Gutiérrez Solana
Ramón Gómez de la Serna.—Gustavo de Maeztu.
Diego M.ª Rivera.—Rafael Romero-Calvet.
José Cerezo.
(Camarero de nuestra capilla)

Las tajetas de comulgante se expende en el Antiguo Café y Botillería de Pombo, calle de Carretas, núm. 4 al precio de 5,50, tanto para el primer banquete que se celebrará el 1.º de Marzo como para los sucesivos que se celebrarán el 1.º de Abril y el 1.º de Mayo, para que ya que el local es reducido y solo puede admitir treinta personas, es» permita la asistencia del mayor número de nuestros amigos conocidos y desconocidos á los que solo reservará su puesto el hacer efectivo el importe de su tarjeta.

El café sumergido

El sexto día de los siete, á su hora, baja tanto la marea, que se queda en seco el alrededor pedregoso, y es fácil entonces el llegar hasta la escotadura que sirve de puerta y entrar.

Crugen las maderas mientras se deshumedecen. Todo gotea aún. Los flecos de humedad que cuelgan de las paredes se van reabsorviendo.

Ya dentro y después de ese instante de baja mar otra vez vuelven las aguas á envolvernos. Solo para dejarnos pasar se han contraído un momento. Otra vez sentimos fuera ese agua grasienta, oscura, verdinegra.

Por los cristales, sobre los cortos visillos y por las rendijas que siempre les queda á los lados, los peces nos miran.

A las doce es cuando la marea está más alta, cuando estamos más sumergidos, la hora del imperio submarino, la hora con que más nos damos cuenta de que vamos como en un submarino con vida propia y contínua, un submarino perfectamente seguro, lleno de aire puro y respirable.

Pombo así sin ser completamente un barco, tiene proa y puede llegar un día en que eche á andar por la cantidad fervorosa de energía que hay en el acumulada, por la que se va acumulando y por lo herméticamente que le guarda.

Y en el fondo del café, en las cocinas quizás, quizás en otro cuarto, un hombre con sombrero de copa, el capitán romántico del barco da órdenes y marca le dirección».

RAFAEL ROMERO-CALVET.

Yo asistía al café, pero no lo veía.

¿Qué escuchaba yo en aquel café?

Hablaban mis amigos; y yo, parecía escuchar —y escuchaba— consumiendo un terrón de azúcar á mordiscos pequeños y espaciados.

Pero algo ajeno oía: una constelación de pensamientos...

Ninguno pensaba como el otro, nadie convencería al otro, nadie trataría de contrahacer al compañero á fin de ir acordados... ¿Para qué?

Valía más tejer un encaje inaprehensible con el cruce libérrimo de nuestras trayectorias...

Hablaba el del rincon: un mudo cascabel pasaba por el éter sidéreo...; y dejaba tras de sí en el espacio, una estela de humo de la pipa en donde recocía sus pensamientos...

Hablaba el de la izquierda: era silente... suave zumbar interno de abeja en torno de la «rosa celeste».

Hablaba el de mi frente: y silbaba, truhán, cortando el aire; silbaba como un napolitano madrileño cultivado en París...

Y este de acá: ¿Libelula? No sé: giróscopo: insecto matemático que gusta de volar, ligero y loco, conforme á la harmonía de la ley.

Cruzábanse los vuelos, sin mezclarse.

En el rincón de enfrente, el hombre negro, que roba los destinos, nos miraba.

Yo, comiéndome el terrón, á mordiscos exactos y espaciados, oía el pitagórico girar de nuestras vidas...

Y me placía, para oirlo, asistir al café las noches de los sábados.

MANUEL ABRIL

El café del Pombo tiene la dinámica de las cosas estáticas. Veo el café, á través de esos 500 kilómetros que me separan, como *El Escriba* egipcio en un museo de cosas modernas. Los ojos del escrila fríos, claros y alargados me recuerdan al espejo rectangular y armónico que ahí en el café circunda la cabeza viva de Ramón Gómez de la Serna.

GUSTAVO MAEZTU.

En Pombo

Un mismo día, á una misma hora, pasa el espíritu por una misma región. Se complace entonces en un mismo espectáculo, y labra, con la continuidad de un mismo esfuerzo, la persistente radiación de sí propio.

Estos ojos afectuosos del camarero único —en cuya bandeja llega siempre un mismo sóbrio refrigerio— adelantan desde el futuro, ávidos por contemplar ya nuestro final recogimiento.

M. L. GUZMÁN.

La hora de Pombo

Aún cuando tu triunfo llegara, oh puro día
en que poder morir!, inútilmente el fuego
último, porque ya no se consumiría
el alma, que ha sabido sonreir, en su juego.

Si el volver, en la noche, fué volver todavía
á tiempo, si un tesoro se deshizo en la mano
acaso; la esperanza —que aún libertaría—
sea la comunión en tu secreto humano.

JOSÉ BERGAMÍN.

El salmo del viejo café

Quisiera ¡oh Ramón! hacer el salmo del viejo café: del viejo café que tiene un alma antigua y reposada, extática en los espejos empañados que relucen tan misteriosamente como la piedra clara.

Quisiera hacer el salmo del viejo café emboscado y oculto, con sus divanes desgastados como las rodillas de un viejo que hubiese tenido muchas mujeres sobre sus muslos y ahora descansase soñando; quisiera hacer el salmo de recuerdo y de esperanza de este viejo café.

El es el más viejo y persiste en conservar su forma: ¡le sería tan fácil renovarse y abrir sus ventanas á la hora fugitiva!

Pero él persiste en conservarse intacto como un gran recuerdo que espera ser realidad de nuevo; como un gran recuerdo que teme dispersarse y perecer.

Persiste en conservar su forma y por eso es amable: ved! las blancas barbas del tiempo tienen aquí un misterio esperanzado y albean como la hora matutina que ha de dorar el sol.

Conserva su forma y es el más viejo y el más paternal: aquel en cuyo oído cansado suena más vibrante una risa juvenil.

Es el más viejo y tiene asientos suavísimos para aguardar la madrugada: y su regazo tiene la frescura de un silo, al cual puede confiarse la custodia de frescas primicias.

Su antigüedad es sagrada como la de un templo, como la de una caverna y hace olvidar su nombre profano: este viejo café es como un templo y en él se habla quedamente ante el silencio reverente de cariátides vivas que sostienen el peso de nuestras palabras.

En él, oh amigos por su vetustez, nos sentimos más ligeros y más tiernamente jóvenes: y como en los recintos de techo bajo, el ingenio se hace más sútil.

Más sútil nuestra travesura como un sahumerio que no puede elevarse recto y juega largamente en los rincones; así nosotros, libres de toda fatuidad por la prudencia de este techo bajo, nos hacemos más familiares y dilatamos nuestro afecto de hombro á hombro.

En el viejo café estamos como en el regazo del tiempo ó como en el fondo de un buque que encalló, unidos para siempre: de cuando en cuando, vemos venir hacia nosotros un nuevo compañero y sonreimos con la boca en forma de círculo.

Porque nosotros estamos aquí como en una piscina, extáticos y verticales: y todo el que llega, parece venir boca abajo hasta nosotros.

Estamos aquí como frutos puestos en un agua, despojándonos de un exceso de sol y de calor: y todo novicio trae la frente empañada del polvo de la vida.

Sin embargo le acogemos paternalmente, siempre que traiga juventud: porque el viejo café es un silo para primicias y una tumba para despojos.

Nosotros jóvenes, nos llenamos en él de suavidad y de mesura, como los que se sientan sobre odres de aceite: y esquivamos en él las horas fáciles y triviales, el sábado de las cortesanas y de los horteras, el sábado de cara rasurada que busca los lugares buliciosos.

Permanecemos aquí como una ofrenda reservada para una hora misteriosa: permanecemos aquí como los vientos en su caverna: como los vientos cuyo hálito desatado al fin, hace temblar las lágrimas del plenilunio, los velos de las vírgenes y las alas de las embarcaciones.

RAFAEL CANSINOS-ASSENS.

Pombo

Viejo café de Pombo, camarín de recuerdos,
sin la garrulería desdichada y fatal
del espejo insolente, y la luz excesiva,
y el violín, y el estrépito, y la promiscuidad;
Café adonde vinimos otras tardes de oro
con dos novias risueñas que nunca volverán:
la mujer elegida, toda sueño hecho carne,
y nuestra juventud, embriagada de azahar;
Podridas, bajo rosas, después, en la grisura
de los años sin vértigo y la vida formal;
Hoy vengo á ti más puro, más amante que nunca,
buscando los lustrales tesoros de tu paz;
que son de terciopelo tu voz y tus divanes,
que son tus tertulianos flor de fraternidad;
que tienes, tan propicio, un no se qué de ermita,
y tienes, tan vetusto, un no se qué de hogar...

E. RAMÍREZ ANGEL.

EL CAFE RECONDITO

Portada

Después de ser visita asidua de este café moderado y borroso, se va en la evocación, del interior á la fachada y de un detalle del interior—quizá del fondo de los espejos—á todo el café. Sin embargo, como quiero trazar el catálogo ó la biografía incorruptible de este asilo ecuánime, he de recordar la lógica y la cronología de mis miradas, algunas de ellas ya olvidadas y en desuso.

«El antiguo café y botillería de Pombo»—largo nombre gracioso, definitivo y grave de este café—está en los bajos profundos de una casa antañona, valetudinaria, grandota, de color atezado y antiguo.

De día, Pombo resulta sumido y de un color parduzco y tostado. Queda como viviendo de incógnito, opacamente, en la calle más turbulenta de la ciudad. Más vale por eso pasar junto á él sin mirarle cuando se le encuentra de día por un descuido, así como se procura discretamente y sin desacato no ver durante el día á esa madura mujer que nos hechiza y nos hace supremos en la noche.

En la noche, la fachada de esa casona es negra, tupida y simpática. Sus grandes balcones están cerrados como grandes ojos entregados á un sueño sensato; el balcón simulado en la esquina que afronta un interesante callejón—uno de esos balcones falsos que no engañan á nadie y que son como un ojo huero que entuerta la casa—; duerme también; duerme más que siempre, durmiendo siempre; y los pequeños balcones malogrados que corta el café, esos balconcitos sobre las tiendas que en la antigua arquitectura son como el ombligo sombrío de la casa ó como un «error de diferencia», duermen un sueño ahogado, irrespirable y precario.

Bajo esa sombra compacta y ese sueño hermético, lu

sillo pintoresco, como la documentación trivial y oficial de los espejos... ¡Hasta eso tienen!

Mirándoles con los grandes ojos atónitos y vagos con que se miran los espejos, me he acordado sólo de aquellos espejos incomparables de aquel café de Venecia... Con la sensatez y la atemperada sensibilidad de aquéllos, les falta, sin embargo, aquel perlado y cerebral matiz que embellecía aquéllos, y que era como el gracioso y refinado sedimento que la historia monumental y apasionada de Venecia—incomparable con la de Madrid—había puesto hasta en sus espejos, algo acuosos también, como si hubiese en su fondo calles de agua... ¡Tono de perla rosa, de espiritual carnosidad; tono indecible, profundo, enternecedor, espasmódico!... ¡Irisada opalescencia inolvidable en que cundía algo del alma vaga, volátil, galante, voluptuosa y radiante de Venecia!... ¡Nube llena de esencias!...

Francisco de Goya y Lucientes

Goya no es una evocación romántica en Pombo. Goya es un parroquiano asequible y real, aunqae anacrónico. Goya es un hombre solitario que nos mira con sus ojos exaltados y misioneros.

Cuando más solo se queda el gabinete en que estamos con él, mejor le vemos: extático, firme, y con la cabeza echada hacia atrás. Su sombrero de copa alta, despeinado, enorme como un morrión de granadero, descansa sobre el velador junto á los guantes flojos y engurruñados. Sordo por naturaleza, no nos oye, y nos mira sospechando de nosotros con su rostro atrabiliario de vieja suspicaz y con su boca sarcástica y *betoveniana* , en cuyas comisuras caídas descansa todo su desdén y toda su generosidad. Su melena, más descuidada, más crecida y más hirsuta que nunca, cae sobre el ancho cuello de su viejo y opulento *carrick*, y se une á sus patillas intonsas y heladas. Se sobrevive por su sed inextinguible de justicia, por su tesón y por su nobleza. Le ha hecho incorruptible el haber echado de sí la corrupción inhumana y la infamia inhumana que seca y descompone á los hombres. Es el justo profano en un ambiente justo y civil en el que queda invariable algo de sus días de ciudadano. Engolado y distraído permanece en un mutismo y en una inmovilidad inmortal. Ayudan á su perennidad la gran dignidad que tuvo y su idea viva y latente de los instintos, las simplezas y los caprichos del mundo.

Me recuerda á Silverio Lanza, que vive en algún rincón parecido también, porque si no se puede ir á la gloria, se puede ir á un sitio así. Silverio Lanza tuvo también un corazón sano y elemental, un corazón balbuciente, genial y deseoso como el de Goya. Por lo elementales, que se conservan ciertos hombres se vuelvencomo creadores, y tienen las facultades imperecederas del creador, siempre presente en el presente esencialmente elemental.

La luz afable

El foco corrosivo, el foco deslumbrador y vacuo, el foco lívido y riguroso, no ha penetrado en Pombo. El foco disuelve los pensamientos y la intimidad. El foco consume excesivamente nuestra vida y nuestras mejillas. Su luz insinuante, insidiosa y gélida, muy encima de uno hace hipócritamente el daño de una viruela ó de una mala acechanza.

Tampoco lucen en Pombo las WW de las lámparas eléctricas, esas cínicas WW irritantes, esas WW inevitables, asas WW que muerden, esas WW que acosan é inscriben en el alma ese signo incongruo anguloso y de una peliagudaidiotez (W).

En Pombo luce el gas, el suave gas que hace sostenible la mirada á la luz y consiente el juego distraído y fructuoso del pensamiento con la luz. Luce en esos trapecios de loro que van desapareciendo, y en los que se columpia inmóvilmente el pájaro blanco y jovial con su genuína esbeltez, su viveza nativa y su propia serenidad.

Los divanes

Estos divanes de Pombo quizá son un poco estrechos con respecto á los divanes de los otros cafés; pero es que los otros divanes son demasiado cortesanos —es decir, peor dicho, pero para que resulte más significativo—, son demasiado *cortesanas*, sin esa dureza y esa continencia que se deben las cosas para no perderse á sí mismas, para no desconceptuarse, para no traicionarse. Por eso en estos divanes se piensa mejor y con más sagacidad que en el exceso de molicie de los otros que encanallan, ensucian y consiguen que el espíritu se afloje y se llene de una suficiencia grasa, fácil y engañosa.

La Venus de los divanes

En los divanes antiguos, como en los sofás y en las anticuadas «duquesas», hay siempre como la presencia misteriosa de una mujer envuelta, vestida delterciopelo raído, ó del *reps*, ó del damasco que los tapiza. Es una mujer de una madurez invariable y de una morbidez blanduzca y caída.

Esa mujer de los divanes me ha sido más visible que nunca sobre estos divanes de Pombo. Su descripción, sin embargo, ha de ser confusa é incierta. Tiene el cabello negro y un sí es no es pardo. Su frente está arrugada suavemente por una tragedia indecisa, cuotidiana, solitaria y lenta. Su rostro tiene una languidez blanca y ajada. Mira á lo alto, á los espejos y á las luces. Se entrega al tiempo que pasa y al varón más solitario de los que se sientan ignorándola á su lado, gozándose así á sí misma, muy hundida en el diván, después de haber renunciado á todo menos al café. ¡Venus ajada, Venus displicente, Venus deshecha!... ¡Oh, plegada sombra femenina, improbable, abandonada, condescendiente, tierna, floja, de senos blandos y caídos, infusa en los divanes de este café sobre todo!

El «otro» camarero

Aquí hay una lucidez reveladora y se ven completamente ciertas cosas adivinadas.

Así, aquí he visto palpable y cercano al *otro* camarero. El *otro* camarero es el camarero muerto que está aquí, porque los camareros tienen derecho á la inmortalidad en los cafés en que fueron santos. Se dedicaron con tan pura continuidad á su deber, que merecieron el no abandonarlo nunca.

El *otro* camarero está sentado enfrente del camarero actual. Es, aunque transparente é inconsútil, de rasgos acusados é inolvidables. Sobre su calavera existen, agarradas é inextirpables, sus inveteradas patillas de borla. Está *vestido* porque con su mortaja se hizo un delantal y una amplia servilleta para el brazo; las dos prendas absolutamente esenciales, más de rigor que el frac y que las grandes botas sin tacón, silenciosas, juanetudas y encallecidas.

El *otro* camarero ayuda como un tonto de circo á todo lo que hace el verdadero camarero. El *otro* camarero, que, sin embargo, es superior al advenedizo porque es más hijo de su deber, mira al usurpador como si todo lo hiciese mal, comiéndosele con una mirada de impaciencia. Viéndoles á los dos, como pendientes de una cuestión que no estalla por milagro, se piensa que así como no puede haber dos cocineras en una misma cocina ni dos dioses con igual poder, no podría haber dos camareros vivos en un mismo turno.

El *otro* camarero es el que acaba por secar las mesas que el otro nunca deja bien limpias. El *otro* camarero es el que, cuando el camarero real no puede ponernos el gabán porque está ayudando á nuestros amigos, se acerca á nosotros, embrollados por el gabán, nos hace encontrar la manga perdida y nos hace triunfar de nuestro enemigo gabán que nos había echado una mala llave, sometiéndonoslo y haciéndole entrar en caja. ¿Quién, sino él, nos hace sentir ese deseo, al parecer incongruente, de darnos las gracias á nosotros mismos? El *otro* camarero es el que, cuando nos dejamos los guantes ó los fósforos y el camarero efectivo no nos ha llamado, nos hace recordar lo que olvidábamos y nos hace volver sobre nuestros pasos, inspirándonos de nuevo esas ganas sin objeto de darnos unas gracias expresivas á nosotros mismos... ¡A nosotros mismos!... ¡Oh, equivocación deleznable é incorrecta!

La pareja apasionada

Siempre hay en Pombo una pareja de enamorados. Aun cuando parece que no hay nadie, se encuentra esa pareja oculta. Han entrado por la segunda puerta de Pombo, la puerta discreta que da al callejón estrecho y pacífico como un corredor.

Estos enamorados de Pombo están llenos de una morena y entrañable melancolía. Ella es morena, con unos grandes ojos negros, cuajados de lágrimas de azabache y como pintados, aunque es indudable que no se los pinta. Va enlutada siempre y con un gracioso velillo. El es moreno también, va vestido de negro, y sus ojos son también muy obscuros, quizá de tanto haberla mirado en su predestinación y en su real compañerismo. Estos amores de ellos no son amores frívolos. Hubieran escogido entonces otro café; esto es categórico. Sus amores están llenos de abnegación, de temblores y de lealtad. El no es «el seductor» ni el enamorado que será voluble alguna vez, sino el seguro amante que sufre, que se desespera y que siente el amor con toda su tragedia, toda su furiosa manía persecutoria y toda su gloria. Ella, por no ser, no es siquiera la pura mujer á la que vendimian esterilmente las manos hipócritas sin alegría y sin honor ni provecho. En sus racimos no falta ni una uva, ni la agraz albricia de una tijereta. Ella es la mujer que se prepara para todo el martirio cuando salga de las catacumbas en que ama, ocultándose al rigor de la familia descreída, gentilicia y filistea.

La pareja se estrecha en el escueto espacio que ocuparía una persona solitaria. Se juntan dentro de esa rinconada que hacen los divanes, y están tan envueltos el uno en el otro, que son una sola persona verdadera, aunque trina en esencia —él, ella y el niño preconcebido—, aunque nadie les podría reprochar nada.

El, sobre todo, se inclina sobre ella, hundida, anhelante y deseosa, y la cuida como á una enferma, á la que aconseja la tisana caliente, el café inefable.

La elección

Aunque por todas las gracias manifestadas amo yo á Pombo, sin embargo, otro fué el origen de mi elección.

Yo estuve en Pombo por primera vez cuando aún no había nacido. A mi madre la habían recomendado los helados de arroz de Pombo, porque en las embarazadas es fama que alivian las ansias del vómito. Ella, buscando ese consuelo, entró una vez en Pombo.

Aquella tarde yo sentí de pronto un alagüeño cambio de medio. A un ruidoso y atropellado ambiente sucedió un ambiente resguardado, tenue, fausto, cordial, blando como el de ningún otro sitio de los que ya había visitado, y á poco sentí como postre deshelado y tibio el helado de arroz, que con su frescura calmó bastante mi esencial sed de infinito.

De aquella tarde me quedó tan extraña y confusa memoria, que después de haber nacido y crecido busqué con desorientación aquel sitio regalado y sensato. Visité sólo con esa idea iglesias antiguas, sacristías aletargadas, olorosas á incienso y á desnudez divina; el *Suizo*, los bazares, las casas de la familia de mi madre que no había visitado nunca, y así todos los sitios que podían haber sido aquél. Todo en vano. Hasta que un día, al entrar en Pombo, volví á sentir aquella sensación densa, calma, llena de nimias delicadezas, asociando en seguida á la sorpresa confusa la anécdota de los helados de arroz oída á mi madre.

Por eso, antes que por otra cosa, elegí Pombo como lugar de reunión, y yo, que nunca había pensado en tener una tertulia en un café, porque no había encontrado un café solitario, sin promiscuidad y sin estupidez, al hallar este café público á la vez que honesto, burlón á la vez que crédulo, solitario á la vez que comprensivo, locuaz á la vez que antiparlamentario, me hice unas nuevas tarjetas que dicen.

Sábados (noche) — Antiguo café y botillería de Pombo

Y mis amigos, los que se adelantan á toda idea, pusieron en las suyas la misma nota. Todos habíamos encontrado la Academia, el Foro, el despacho de nuestra Presidencia, el antro central que en sentarnos en medio de la vida pública sin ser envueltos en su crimen y en sus inversiones.

Yo espero sólo

Después de decidido ese extremo importante, no hemos dejado de ir á Pombo ni una sola noche de sábado. La noche del sábado es de los horteras, pero sin embargo, como todos somos horteras más ó menos monumentales, sentimos una nostalgia resabiada y atroz esa noche. Nos resistimos á ir á cualquier lado; pero en casa no nos podemos quedar, porque nuestra alma hortera— porque así la hizo el soplo de Dios,— se siente disconforme, incómoda, aburrida, pensando desaforadamente en la calle equívoca de la noche del sábado, cuya muchedumbre, soliviantada, ciega inconsciente, tira de nosotros como una fuerte resaca... Por este los sábados vamos á Pombo, para solucionar el conflicto irremisible de esta noche, no dejando, sin embargo, de estar solos, puros y tranquilos, porque Pombo es quizá el único café que tiene la prudencia de estar solo la noche del sábado. ¡Oh, armonización!...

Yo llego todos los sábados antes que nadie. Parece que nadie vendrá. Después dirán—pienso siempre—que estuvieron enfermos, que se acordaron tarde ó cualquier otra cosa, porque la fantasía que se ha derrochado en estas disculpas aventaja á la que se ha empleado para resolver los conflictos de todas las comedias.

Un ráto fumo sólo y concierto con el minutero los sorbos de café, ese café que en la ausencia de los amigos que se esperaban es más amargo y más atrabiliario que nunca.

Durante ese rato miro, desde ese rincón en que nos hemos establecido, el vago trozo de calle que se ve sobre los visillos que cubren hasta la mitad la ventana remota. Pasa por él como una sorda retreta de luces y de caballeros. Viéndola, resuelta inverosímil nuestro aislamiento y nuestro silencio en medio de esa calle imprudente y contagiosa. Nos frotamos las manos de gusto. Cuando llueve, es más grato mirar esa lejana entrevisión, y es más grato estar en el café, que ha secado en seguida nuestra mojadura. Cuando llueve, resulta dulce ver esa procesión de paraguas, qué son como sombras volanderas de grandes murciélagos tristes, brillantemente mojados como focas. También hay otra cosa que nos distrae en esa ventana lejana, y es ese alguien que nos espía asomando un ojo por el intersticio que dejan libre los visillos... ¿Quién es?... Quizá ese golfo simpático y guluzmeador que husmea la cordialidad de nuestro paraíso escondido, ó quizá ese hombre celoso y atormentado que busca á su mujer por todos sitios.

A cada ruido de la puerta, parece que entra alguno de «ellos» desabrochándose el gaban y recibiendo en el pecho la grata unción y el grato vaho afable del café. Pero no es ninguno de «ellos». No lo es durante mucho rato, un gran rato en el que insisto sobre las mismas cosas y vuelvo á pensar que sólo falta en este café una de esas vistosas chimeneas de leña que hacen tan filantrópicos y tan personales los cariñosos cafés de Londres. Y cuando ya me voy consolando de la ausencia, sintiéndome presidente del doctoral claustro, del cóclave lleno de experiencia é infalibilidad que forman los rojos divanes, llega el primero de mis amigos.

¿La tertulia

En nuestro consistorio de la mesa larga sólo estamos nosotros, y en un rincón aparte un ciego que acrisola nuestra razón, casi mística, de haber elegido Pombo, habiéndolo escogido indudablemente por algo más esencial y decisivo que por la información de los ojos.

Solemos estar Salvador Bartolozzi, el genial apache de hocico de ratón; José Bergamín, el contemplativo, al que parece que le duelen siempre las muelas, y Rafael Calleja, el suave artista, sonriente y galante siempre, como si una musa florista le estuviese poniendo una flor en el ojal. A veces aparece Tomás Borrás, el joven doncel al que anima un ansia admirable y generosa de matar al dragón; Bagaría; grave cabeza de mudusa; Abril, libélula vaga é inaprensible; Bernabeu, el marino; Rafael Bergamín, el cirio lagrimón ó el cristo bizantino; Emiliano Ramírez Angel, tan persuadido y tan persuasivo; Romero—Calvet, metido dentro como un pájaro, siempre como sentado en un peñón desde el que mira el mar y el cielo en la línea baja y lejana en que se confunden, con la cabeza segura sobre el abismo, siempre firme y estable hasta la intimidación. Cansinos—Assens, con cara de arcángel pecador, arcángel grandote desencajado de voluptuosidades nocturnas, arto de leche de la luna, leche exquisita y dulce porque no podemos olvidar lo que dijo Plinio «que la luna se alimenta de aguas dulces y el sol de aguas amargas»; Gustavo Maeztu, excéntrico malabarista, al que caracteriza su risa con el resorte desarreglado y su levantarse y volverse á poner el sombrero de un modo humorístico que parece mover un muelle de muñeco de ventrílouco; Diego M.ª Rivera, el íntegro, el ciclópeo que parece como si pudiendo con la creación la llevase sobre los hombros, un poco aplanado por eso él, el voluminoso que parece también como si en el fondo de su alma, y en el fondo profundo y doble de sus grandes bolsillos, llevase cosas materialmente grandes, monstruosas, compactas y macizas; Néstor, con su rostro feroz; y otros buenos espíritus que aparecen con una admirable discreción una sola noche. Todos ven las cosas y su espectro, y su matiz, y su parecido con un talento tranquilizador.

Un espíritu de conciliación y de predestinación hay en la tertulia. Celebramos en unas regocijantes catacumbas nuestra misa secreta, en la que estamos enteramente representados por nosotros mismos. Hablamos largas horas, durante las que, después de haber agotado nuestro café, bebemos vasos y vasos de agua, que son como el *champagne* del triunfo. No es nuestra tertulia una tertulia en que mentir, sino una tertulia en que retribuirnos de todo lo que es falta insubsanable ó injusticia impía de la vida en común. No se habla de la guerra, porque eso es monótono, bárbaro, inmemorial, efectista y anacrónico. Vivimos una libertad imposible en la que se afirman nuestros escepticismos y nuestras visiones. En una época medioeval vivimos una época moderna, idealmente libertina, solucionada y sonriente. Y vivimos solos todo esto, porque los otros, los consagrados y los acólitos que desean inmundamente que les consagren, no participan de nuestra suerte... ¡Vivimos sólos, sólos, esa magna inoportunidad! ¡Sólos!!

Esto nos ufana y nos remueve con un vibrante y fino placer, porque aunque no dejemos de creer que todo es baladí, ¿podrá darse nunca una más numerosa fortuna concentrada en tan pocos? Imposible. Será este caso único y preciso, porque cada vez se repartirá más esta secreta gracia, y de ella se harán los más grandes premios, los que tal vez entonces sean inasequibles, aún no siendo nunca tan grandes como este premio total y abandonado...

¿Será posible el hecho inverosímil de que de nuevo sientan en su corazón unos cuantos hombres toda la diafanidad, toda la justicia, todo el criterio y todo el arte, que debían estar repartidos entre toda la humanidad? Esta cuantiosa suerte nos hace desfallecer como en una consecución suprema y como mitológica, aun siendo tan humana y tan sencilla. Un egoísmo de no triunfar, de no delatarnos, de no tener que compartir esa bondad, es el vicio adorable de tan viciosa acumulación, de este ensalmo penetrante y flúido que será pronto imposible y hasta irresconstruible para la imaginación de los hombres futuros, que se lo repartirán en partes alícuotas.

En la noche, esta esencia fundamental en nosotros, se recrudece, trasmana, y se envuelve en sus efugios. En tan humilde y amparado ambiente, y en contraste con la inaceptable publicidad, sentimos como ese gran exceso y esa predilección de que somos concesionarios, no nos hará inmortales —el imposible más intransitable—, y eso fomenta y desembaraza nuestro placer, curado en la delicia de ir cayendo con tan gran premio, con tan espléndida carga, y dotados del sumo poder temporal. Algo de nosotros —todas las semanas nuestra semana— se va enterrando en la blanda excavación de los divanes en que se yace tan bién. Nos es grato comprobar en este medio voluntario, propicio y lleno de *humor*, nuestra deplorable y gloriosa caída, la constante, la irreparable caída inerte, floja y pelele.

¡Oh, Pombo, excelso lugar de nuestros resúmenes, llenos de cordura, de descanso y de sonrisas idóneas y absolutivas!

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Publicado en *Por esos Mundos*, de 1.º de Marzo de 1915.
(Esto apareció ilustrado con dibujos de Bartolozzi).

La sagrada cripta de Pombo

Entrada

Pombo merece una crónica diaria. Por eso no es extraño que yo repita su apología. Ninguna palabra, sin embargo, será la misma y los conceptos serán siempre nuevos aunque se repita en ellas un poco ese tono idéntico que hay en las largas oraciones por diferentes que sean, ¡y aun así siempre será corto lo que diga!

Pombo es una cripta venerable y llena de recogimiento, la cripta profana y civil, así como la cripta de la Almudena es la cripta religiosa. Es una cripta sin humedad ni lobreguez; una cripta regocijante llena de una tibieza seca y confortable. En Pombo, sin embargo, como en una cripta religiosa, hay que entrar persignándose.

Pombo merece ser declarado monumento nacional porque no puede estar supeditado á la necesidad de ensanchar una calle. Pombo debe tener mucho cuidado con los incendios para lo que debe apagar con un vaso de agua cualquiera que surja, no llamando nunca á los bomberos, que acaban con los edificios aunque sólo se haya producido en ellos la alarma del fuego.

Pombo no es sólo una cripta, es además una botillería, ilustre apellido, bella palabra cristalina, vidriada, pintoresca que supone ese fondo rico en botellas azules y blancas, largas y regordetas, llenas de preciosos licores, esencias espirituales de los más variados frutos, palabra de un sentido directo que está muy bien, evocación de todas las otras botillerías entre todas la botillería de Canosa, de cuyo techo pendía un gran velón.

Hasta el caserón en que se resguarda el antiguo café y botillería de Pombo es amplio, recio y profundo. Da una gran sensación de interioridad, y hasta hay en él uno de esos hoteles que hemos amado en las grandes ciudades, y en los que se halla más que en ningún otro sitio de ellas el fondo dramático, desnudo, serio y sempiterno de la ciudad; uno de esos hoteles que se toman un poco por equivocación, entrando en ellos un poco con miedo porque se siente uno solo y perdido, adoleciendo el alma de reúma espiritual ante el lecho lleno de una frialdad y un entumecimiento rígido y antiguo, lecho que se espera que se cierre sobre nosotros, enjaulándonos como esos de las casas embrujadas; hoteles lamentables, pero que después no se olvidan nunca, agradeciendo esa casualidad que nos hizo poseer la seria y truculenta verdad de la población, su sentido pueril y su sentido mortal. (Tenemos que dormir una noche en ese hotel hondo y recogido, envolviéndonos con la losa indiferente, con la reacción fría de sus sábanas, duramente almidonadas, iluminándonos con las velas que alumbran la noche de esos hoteles.)

Pombo bajo ese digno edificio es el café supremo, condición inapreciable, porque ya el café, cualquier café, es un lugar admirable, la única asociación verdaderamente libre, igualataria y limpia de dogmatismo y de oligarquía; la institución más independiente; los modernos senado-consultos, donde se reúnen los españoles en secciones sin presidencia ni objeto; donde viven una vida larga y suya; donde se sienta la ciudad dejándose tratar más directamente y donde además dan café: un elixir enjundioso de fórmula secreta; un elixir espeso, acre, trascendental, especioso que aviva la vida infundiéndola esa seguridad sin objeto, que es á lo más que puede llegar la vida; un elixir en el que se degusta la esencia de lo exterior, de lo extraño, de lo público, de lo ambiente, de lo trashumante; algo que no es precisamente café, ya que lo que se prepara familiarmente con la certeza de que lo es, es otra cosa más casera, más líquida y más insípida por más que sea más rica; una cosa á la que falta algo que, por decirlo de algún modo, no es sabor, sino significado, significación.

El aire de Pombo es un aire fúlgido, mullido y condescendiente, en el que hay como un núcleo cordial y summo de nebulosa; algo sidéreo al mismo tiempo que terreno; una concentración superior á su limitación de antro apretado; una atmósfera llena de gérmenes; el centro latente, potencial y veleidoso.

Dentro de ese dilatable elemento que llena Pombo se ven todas sus cosas. Sus paredes tienen esa expresión y esa «tendencia» de las paredes plásticas é irregulares en cuya ondulación hay mayor gracia mortal; son más profundas y más sólidas que las más anchas *paredes maestras* y en ellas hay, no se sabe por qué, como una suposición de nichos de tapial. nichos de parroquianos antiguos, amasándose á ellas algo como una misteriosa y obstinada atención.

Sobre los lienzos blancos de sus paredes sólo hay un motivo de decoración, unas finas medias cañas doradas que son como sutiles y anchos marcos de cuadros sin pintar, marcos de grandes *panneaux* sin asunto concreto; marcos de lo que no se debe ni se puede pintar; marcos de los temas eternos; marcos de lo almo y de lo irrepresentable, en cuyo lienzo, como hecho de luz y de clara perspectiva, los ojos se extasían encontrando todo lo que saben, todo lo que sospechan y todo lo insospechable, todas las distracciones.

Dentro de esa caja de sus paredes todo se armoniza, todo se auna entre sí, en una antigua y entrañable tertulia; las sillas, los espejos, los relojes, los divanes, las mesas, el techo, todo, todo se comprende dentro de esa nebulosa densa y numerosa que asume el alma vasta y elemental de la intemperie resguardándola, colándola y posándola, sintiéndonos en ese elemento curados de esa soledad que nos pesa en nuestras casas y que nos hace allí asomarnos al balcón como yendo á pedir auxilio porque en nuestra casa no entra lo que aquí se congrega al saber que esta es la posada del tiempo, la posada pública, el sitio neutral y pacífico.

Y bajo todo esto se siente además bajo la sagrada cripta de Pombo algo como una encrucijada de las aguas; algo como el nudo más intrincado de las cañerías de la ciudad; algo como el centro de la red viva de las corrientes subterráneas de la ciudad; algo como un pozo antiguo y profundo. (No mentimos, no; no fantaseamos al suponer este misterio, esta grave y cruda sospecha de aguas bajo la cripta de Pombo. Lo hemos sentido á través de las noches. Se ha aliado á todos nuestros pensamientos esta suposición del agua, del corazón del agua de la ciudad, bajo el aposento solemne.)

Tradiciones

Un fondo de vagas tradiciones hay en Pombo, porque la tradición no se pierde en el bosque ni en la calle; la tradición se repliega en los rincones más muelles y más curados por el tiempo. Así en Pombo vemos todo lo anacrónico en su digna, vaga y confusa zarabanda, de un modo que crisparía á cualquier herudito... Entre los hombres que vemos porque sí en Pombo están Moratín, Goya, Alenza, Larra, Espronceda, Silverio Lanza.

Todo se conflagra en Pombo, y hasta diríamos que es el mejor sitio para ver en perfecta perspectiva la historia universal. Dentro, sin embargo, de este tradicionalismo general, voluble y erróneo, hay pequeñas tradiciones auténticas.

—Cuando yo iba á Pombo—nos ha dicho un antiguo señor— había aún sobre las mesas braserillos para encender los cigarros.

(¡Cómo es que no están ya esos braserillos, con los que jugaríamos como con unos pebeteros litúrgicos? Se nos escamotean las pequeñas ventajas.)

—Aquí—nos ha dicho el dignísimo dueño, enseñándonos un pabellón cubierto de cristales que hay en la trastienda del café,— aquí se reunía antiguamente la Sociedad de Cazadores.

(¡Oh! ¿Por qué esos buenos y apacibles cazadores, esos seres tan morigerados y tan plácidos, tan ingénuos y tan fantásticos, han dejado de reunirse aquí, de contarse sus hazañas prodigiosas? Nos hubiera sido grata su compañía, sentir la fría y austera evocación del bosque sentados junto al cordila yar del café.)

—Esta Virgen —nos ha dicho el señor dueño también, llevándonos al fondo de la botillería y parándonos ante un estante en el que entre grandes y floridos jarros que entusiasmaron á los Zubiaurre hay una hornacina con una Virgen recatada y menuda en el fondo,— esta Virgen hace que siente bien todo lo que se tome en Pombo... Me han querido dar mucho dinero por ella y no la he querido vender.

(¡Oh! custodiados por esa Virgen milagrosa, ¿cómo no sentirse protegidos en Pombo, donde se puede tomar un helado sin temor; donde se sabe que ese rico solomillo que tan bien preparan no sentará mal; donde un pesado chocolate con picatostes—inimitables picatostes—sentará bien y un helado de arroz—su celebridad—detendrá la más grave disolución?)

—Aquí venía D. Antonio Flores—nos ha dicho *Azorín*.

(¡Oh, qué grato es que D. Antonio, aquel hombre que se adelantó á la ironía y á la observación de ahora, se sentase en estos divanes y mirase el mismo techo en el que parece que nos encontramos con su mirada así como con otras miradas interesantes y perplejas!)

Los ojos del tiempo

Los espejos de Pombo quiza son lo más vario y precioso del café, sus grandes diamantes. Son pequeños, transigentes y benévolos, y en ellos nuestro retrato tiene un digno marco cariñoso; tienen luz propia y vida propia; son una ventanita de fondo inasequible, pero cuyo alféitar saltaríamos temerariamente para entrar en el alma del café, en la pradera de todos los tiempos, en el espacio puro donde al fin nos sentiríamos volanderos, ingrávidos, clarividentes, pacificados.

Ante estos espejos hemos llegado á pensar que como Dios no es más que un ideal reflejo de la naturaleza, una rara proyección sobre un ojo impasible, profundo y ancho que se supone, Dios está en estos espejos, pudiendo suponer, para hacer más inteligible esta suposición, que lo que está en ellos es el tiempo, por lo que son como los ojos del tiempo.

En estos espejos maravillosos se admira toda la vida de la ciudad. Cada día vemos en ellos más experiencia y más sucesos, más vida nuestra también. En vano es que miremos su revés, pues como las cajas de los prestidigitadores, aunque se desarmen y se miren por todos lados contienen lo inagotable. Ellos están impresionados por todo, ellos están llenos de esas rayitas concéntricas, excéntricas, revueltas, tangentes, sutiles, que como á los discos impresionados, impresionan más numerosa y sútilmente á los espejos. ¡Estarán allí todas nuestras palabras y las palabras de los otros? Algo improbo y meticuloso hay recogido en esos infinitos círculos que no perturban su limpidez y que la luz revela. ¡Espejos nublados de tiempo como con puertas disimuladas que se abren con llaves como aquella llave de oro de la puerta prohibida del cuento inolvidable; espejos que ponen como el misterio de una escalera de caracol que baja á un subterráneo que da á la gran sala de los milagros, donde se entra haciendo girar una piedra de sillería.

En Pombo no hay esos grandes espejos de otros cafés, en que por descomedimiento se pierde la eficacia y la utilidad del espejo; esos grandes espejos que se enfrentan unos á otros neutralizándose, falseándose; esos grandes espejos cuyo mentido espacio nos pone frenéticos, por como nos repetimos y nos repartimos en ellos, disolviéndonos y llegándonos á ver en un último término deplorable, tristes, vacíos y aburridos, en una media luz y una bruma insípida é irrespirable, mareados en medio de la columnata complicada y laberíntica... ¡Oh, aberración y estrabismo imposible de esos grandes espejos que se afrontan viciosamente, turbios espejos en los que se elimina la mirada de Dios, y en cuya legidez nos aterimos! ¡Juego de espejos por el que 50 camareros van á por lo que hemos pedido, resultando su tardanza más abrumadora, y resultando absurdo y anonadador el verles traernos 50 cafés! ¡Oh, extravío! ¡Oh, enajenación mental! ¡Oh, aberración soporífera!

Estos espejos de Pombo, por el contrario, son buenos y comedidos, manteniendo viva nuestra ésperanza de que será por ellos por los que miraremos cuando hayamos muerto, por que los muertos, gracias á los espejos, no carecen de mirada y se asoman á sus lunas videntes y atónitas.

Las lámparas

Las lámparas de gas de Pombo son unas bellas y blancas «catalas»—esa especie de suaves y blancas cacatúas—que se columpian sobre un trapecio de cobre. Su luz es animal, expresiva y blanda y lo llena y lo ensalza todo: es una luz que prorroga las cosas, que desciende, que se desborda, que da á todos los objetos un nimbo de luz, que alimenta las cosas, que pone como un soplo vivificador en ellas, que es vibración, emulación, sésamo, en vez de ser como la eléctrica una ilusión vana, una hipótesis, una mentira, una fantasmagoría.

Estas cordiales lámparas de Pombo dan calor además, siendo en el crudo invierno la única calefacción de la cripta, esparciendo ese dulce é ideal calor de las camillas que tampoco se la pueden comparar porque tienen el defecto de ser reducidas y herméticas

Las lámparas de Pombo no son vanas lámparas de una luz espectral, sino de una luz activa, y eso se prueba en los bordeles negros, de una patina inimitable—su hoja de servicios, su madurez, huella de muchos días—que curten el techo. (Huella sombría y apasionada que se necesita para cabal certeza de la luz.)

Y alrededor de estas lámparas revolotean nuestras miradas como mariposas de luz, saciándose de esa luz comprensible, alimenticia, á la que se ciñé el humo de nuestra pipa como esas nubes breves y sedeñas que pasan frente á la luna, una luz á la que se alía bien nuestro espíritu, que danza con ella, una luz á la que se mezcla lo mejor de nosotros, una luz con la que jugamos á corretear y á dar vueltas como esos niños que en los cafés se levantan del lado de su papá y corretean por el café con verdadera alegría.

Pequeñeces

Todo es fluorescencia, claror y gusto en el recinto, pero en medio de eso se distinguen pequeñas cosas.

Se ven las cañerías del gas que son como las venas azulíneas del café... Se ve á veces la polilla misteriosa y antiquísima... Se ve la última mosca... Se ven las botellas del agua, en las que para menos monotonía debía haber peces de colores... Se ven copas antiguas, bellas copas que son la más graciosa y frágil evocación... Se ve un gato, un gato que está allí desde la remota fundación del café y que lo sabe todo, los rincones, los pensamientos ocultos y las sombras... Se ve esa esfera de metal en que se guardan sólo las «rodillas»; ese excecivo aparato, demasiado relumbrante, aparatoso y visible, para contener sólo eso... Se ve el ventilador, monstruoso, inoportuno, como un tábano cataléptico todo el invierno, dispuesto como un extintor de incendios... Se ve el contador de la luz, rebelde á la belleza, abultado quiste de la belleza, solapado, fiscalizador, sordo sicario de la compañía... Se ve un cordón rematado por una borla que cuelga junto al mostrador, cordón misterioso de una campanilla que debe sonar en el cielo, muy lejos, como para llamar á la Providencia.

Las últimas merodes

De noche aparecen las últimas merodes. (Dos bandós, como la endrina, y una raya de un blanco eléctrico.)

Llegan como perseguidas, y mudas y rendidas entran al mismo tiempo que los hombres con un gabán color de lluvia; se acodan como sobre el alfeitar de una ventana, y recurren á los espejos para alejarse y defenderse de las miradas. Se las siente descansar de las largas caminatas con zapatos Luis XV. Bajo las mesas se las ve las medias eléctricas, como con la luz prudente y propia de las luciérnagas, esas medias caladas impúberes y conservadotrices.

Una entre todas se nos ha quedado grabada. Fué la única que se decidió á entrar en nuestro íntimo saloncillo. Llegaba con su mamá, una vieja llena de sueño y de necesidad que pedía un gran vaso de leche; dejaba sentada á su madre y después se iba melancólica y altiva, volviendo al poco rato melancólica y altiva otra vez; pagaba el vaso de leche de su madre, y después de despertarla se iba melancólica y altiva. Era una hermosa colegiala de la noche, una monja de la noche, la merode primera y última.

La reunión

Porque amábamos en secreto estas cosas que sólo hay en Pombo, lo hemos elegido como lugar de reunión unos cuantos. ¡No es una tertulia de todos los días, sino sólo de los sábados, todos un poco traslúcidos en esa luz preclara de Pombo, todos envueltos como en una incubadora de la conciencia, probos y leales!

Allí dormimos todos, sentándonos cada noche como para siempre, en la posición perfecta del descanso de los vivos, la posición paralela á la perfecta posición en el lugar perfecto del descanso de los muertos. Estamos demasiado cansados, cansados de remar contra corriente; cansados de todo. Las intrigas lo resuelven todo; todo es labor de fábrica; ha nacido el literato de las revistas, ruin, menudo, merodeador, desconocido, numeroso; la literatura ha entrado en ese terrible período que se llama en los mercados, «período de competencia» —competencia de todos los hombres de la calle—, y la evolución se ha roto, se ha desgarrado, se ha perdido arrollada por la irrupción de esos agentes de negocios, de esos repugnantes sexuales, agresivos, fáciles y tortuosos; la bestialidad está suelta, y no es de ello única prueba la guerra, no; la bestialidad es un estado compacto del ambiente; una bestialidad apática, desaprensiva, cotidiana, publicista. Parece que hemos sufrido un retraso atroz encima de que íbamos retrasados; parece como si nos hubiésemos malogrado, como si hubiésemos quebrado, como si hubiésemos muerto precozmente. En vista de todo esto y de que no esperamos mucho del porvenir próximo porque no repugnan demasiado á la naturaleza estos errores, y en el tiempo un error de diferencia entre nuestros cálculos y la realidad puede ser muy bien de varios millones de años y entonces la tierra se habrá enfriado definitivamente, vamos á través de estos divanes de Pombo, entrando en el nirvana de esa manera cómoda y tranquila con que está representado Saga Muni en el relieve célebre entrando en el nirvana.

En Pombo fallamos y nos resarcimos; fallamos como no pueden fallar los empedernidos, los que no se quieren entre sí, los que están llenos de envidias, los que desengañan, los sórdidos, los leprosos. La gran coacción de la historia se realiza fuera. Resulta como si nos hubiésemos evadido, como si prófugos libres nos hubiésemos escapado á la guerra.

Alguna vez aparece algún extranjero en nuestra reunión. Ya es *Xenius* —con su sonrisa francesa, con su chaquet ribeteado y su cortesía ribeteada, con algo de hombre galante —galante con los libros—, como con un fondo de experiencia anecdótica inagotable, regalando á cada palabra que dice una anécdota envuelta en papel de seda, Xenius el de rostro indulgente que habla siempre como un violinista toca su violín; Los Ziubaurre suspicaces, llenos de azul, mirando las cosas con cuatro ojos en todo su acuse y en todo su color; Guzmán el mejicano, el de la quijada de revolucionario, una quijada sin prognatismo, una quijada recia y larga sobre la que descansa admirablemente su pensamiento, su frente, su mirada; Acevedo el otro mejicano con su rostro cubista y endiablado, detrás del que va emboscado un espíritu moderno y espiral; Reyes el otro mejicano que en el triángulo de los tres es el ángulo alto; pacífico, sonriente, táctico, sereno, con las manos en los bolsillos y la cabeza ap